

*Casi todo es otra cosa para Gonzalo Rojas**

Gustavo Valle

Si Gonzalo Rojas hubiera creado un heterónimo para escribir parte de su obra ese heterónimo hubiera sido *Nadie*: «Si hay una palabra que he amado y sigo amando es nadie. Porque si somos polvo, también somos enigma y de eso estamos hechos». La importancia de llamarse *Nadie*. A Ulises le salvó la vida al hacerse llamar así frente a las amenazas del cíclope. Es el único nombre que al nombrar, des nombra, invalida. Homero creó con esta palabra una forma del anonimato con nombre propio. *Nadie* tiene enormes beneficios: invisibilidad carnavalesca, ocultamiento trucado, identificación inverosímil. Su naturaleza aérea le permite ser objeto de ejercicios metempsíquicos, esotéricos. Como no es ninguno, *Nadie* puede ser todos, y pasa a pertenecer a una especie de progresión pitagórica. Lejos de ser excluido, está incorporado en cada uno de nosotros. Por eso *Nadie* nunca es el vacío sino la historia de lo que somos: su negativo fotográfico, su espalda en vida: «Ser nadie es aquel al que no se le ve la mano, como a Dios».

Gonzalo Rojas hubiese querido ser *Nadie*. Aún más: ha pasado su vida queriendo ser *Nadie*. Ha salido en busca de un ser coral, donde su poesía hace de mapa y cruce de caminos. Es como si en vez de escribir, Gonzalo Rojas echase las bases de una red vial, donde él no participa como conductor sino que se encarga del resto: suministro de combustible, mantenimiento de las vías, letreros orientativos de velocidad máxima, etc. Los conductores son otros: Darío y su sensualidad trascendente y rítmica, Vallejo y su honestidad dolorosa, Huidobro y su empresa creacionista (y su compañía), Neruda y su hechizo genésico, Pablo de Rokha y su potente macho anciano. Se trata de establecer y participar en un particular sistema circulatorio que vuelve a las entrañas/ de millares de madres sucesivas». Y no se trata de una literatosa «angustia de las influencias» sino la puesta en marcha de algo muy parecido a una práctica transmigratoria a la manera de los salones esotéricos de Madame Blavastky. *Nadie* es una suerte de espacio

* A propósito de la publicación de *Metamorfosis* de lo mismo. Gonzalo Rojas, Visor, Madrid, 2000. Este volumen recoge toda su producción poética hasta la fecha.

libre propicio para la reencarnación poética. Es decir, la puerta abierta que conduce a la sala donde todos los poetas admirados se reúnen. Gonzalo Rojas, como Darío, podría decir: «Yo soy teósofo».

Contrario a lo que pueda pensarse, en Gonzalo Rojas no hay, sin embargo, laberintos de identidad. Pese a esa puerta abierta donde confluyen muchas voces, la marca del sujeto autoral es evidente. Incluso, y paradójicamente, la necesidad de expresión del Yo y la marca de estilo se hace, por momentos, obsesiva. Detrás de la puerta abierta hay un sujeto que se identifica, afirma e instaura con orgullo. Es como si en el cruce de dos ejes, en el punto mismo de intercepción, Gonzalo Rojas erigiese una sólida morada y cantase. Una plataforma desde donde permitir el flujo y reflujo de las generaciones del imaginario: una «tabla de aire» sobre la cual fijar lo imposible: «¿sabes cómo escribo cuando escribo? Remo/en el aire». Rojas escribe sobre esta tabla aérea porque las palabras están hechas de aire, y son bocanadas en busca de un sentido que irá a tatuarse en la misma materia de que están hechas. Como un Gutemberg del éter, Rojas imprimirá su aliento en una masa invisible e indefinida. Me place imaginar un libro suyo como una porción de aire atrapado dentro del globo de un niño. Las palabras de Gonzalo Rojas son verdaderos zumbidos, oxígeno guardado en pequeñas cámaras verbales. Su naturaleza neumática permite la integración a las redes de voces suspendidas en los aires de la historia literaria. Rojas prefiere estar hecho de aire, del mismo material de las palabras: «un aire nuevo/no para respirarlo/sino para vivirlo». Para no residenciarse, permanece en constante movimiento: entra y sale en una suerte de sístole y diástole permanente. Al ser omnipresente, el aire participa de todo y siempre es testigo. Además, su sonoridad invisible, su melodía pulmonar, lo hace merecedor –mucho más que el papel y la tinta– de la transmisión viva de la palabra, y su acción poética.

Este medio aéreo es connatural a toda epifanía. La calidad fosfórica, súbita, repentina que se observa en la obra de Gonzalo Rojas nace, no tanto del chispazo, sino del oxígeno necesario para la combustión. El relámpago que cruzará el cielo de su infancia y que lo acompañará el resto de su vida, sigue existiendo porque Gonzalo Rojas ha construido el aire donde pueda imantarse este relámpago. El poeta ofrece la atmósfera donde la tormenta eléctrica se desplegará. Como Benjamín Franklin, Gonzalo Rojas inventa el pararrayos, pero no para detenerlos, sino para provocarlos y absorberlos. Indaga en la naturaleza de lo fosfórico, en la calidad de lo relampagueante, y ve allí una forma de nacimiento, una energía fundamental. El efímero instante eléctrico, ese abrir y cerrar de ojos donde se despliega y oscurece una vida, fascina al poeta: «Ser –como los divinos– de repente». Se trata de

una teoría del *big bang* pero sin universalismos ni dogmas. Si somos producto de una explosión remota, la poesía –parece decirnos Rojas– es una ignición permanente y combustiona por sí misma. El *big bang* de Rojas cabe dentro del globo de un niño que juega en el parque, sólo que el aire que contiene ese globo está hecho de voces.

Lo epifánico es una obsesión para muchos poetas. En Gonzalo Rojas lo epifánico deja de ser obsesión para convertirse en compañero de camino, en alma gemela. No sólo se trata del instante dichoso en que las palabras logran dar cuerpo y vida a una idea o emoción. Para Rojas lo epifánico es también una estrategia de invención y un código de vida. Una estrategia de invención producto de su entusiasmo por el azar objetivo y los saltos mortales que el surrealismo le proporcionó, y un código de vida porque el poeta necesita renacer constantemente, volver siempre al instante en que abrimos por vez primera los ojos ante el mundo y quedamos asombrados: «Estoy viviendo un reverdecimiento en el mejor sentido, una reniñez, una espontaneidad que casi no me explico».

Si el relámpago es el nacimiento súbito de la luz y el estremecimiento energético, si su fuerza viene a abrir una herida en el cielo plomizo para sí propiciar un desencadenamiento, entonces el parto, la acción brutal de nacer, es también un relámpago en medio del vasto eje del tiempo. Al parir, partimos, salimos. El parto no representa tanto la llegada a un mundo sino la salida de otro: partir. El recién nacido parece decir: «yo parto», en el instante de su surgimiento. Para Rojas el nacimiento (igual que la muerte) es un movimiento, un trasvase de un sitio a otro. Entrar y salir, como inhalar y exhalar, determinan las categorías de vida, muerte, presencia o ausencia: «no es que ése que está ahí se haya ido, ha/ salido para entrar/ generación tras generación a la bestialidad/ insaciable del espíritu». Poseedor de una válvula imaginaria, Gonzalo Rojas permite y propicia el tráfico de contenidos, objetos, seres, y observa, desde su posición privilegiada, las metamorfosis que sufren al pasar de un sitio a otro: «Las personas no mueren, quedan encantadas». Esta válvula imaginaria está hecha, como es obvio, de la misma materia de que está hecha la poesía de Gonzalo Rojas. Es más: su poesía es una válvula, no sólo de escape, sino de permanencia, y por lo tanto hay en ella la iluminación de un chispazo pero también la sensualidad y detención de los cuerpos: «Ay, cuerpo, quien fuera eternamente cuerpo».

Entrar y salir es, evidentemente, una metáfora de la vida y la muerte, pero también es un movimiento amoroso y concupiscente. La máquina de la vida parece afanarse en este trabajo de introducción y expulsión hasta el cansancio. Es como si la energía necesitase de obstáculos o quicios para

afirmarse en su incesante movimiento. Sin puertas que abrir y cerrar, sin murallas, sin ventanas, sin válvulas, el mundo dormiría plácidamente en su laxa dicha. El roce y choque con lo otro afirma las identidades y da nacimiento a un mundo sensual. Entrar y salir describe el paso de un sitio a otro, un traspaso, un atravesar, pero también registra un movimiento pendular: como el péndulo de un metrónomo, marca el ritmo de una gimnasia gozosa y establece una residencia móvil para Gonzalo Rojas: «me aparto a mi tabla de irme».

La cópula viene a establecer un ritmo fundamental tan parecido a la inhalación y la exhalación. Penetración sucesiva, bomba del cosmos, si existe un movimiento fundamental, ese es la cópula con su simplicidad salvaje y sus desvanecimientos aparatosos. En ese péndulo vital parece fraguarse algo que podríamos llamar la visión *coital* del universo en Gonzalo Rojas. Se trata de trasladar al mundo occidental la cópula de Shiva y Shakti como principio fundador y motor del mundo. Rojas concibe un mundo sexualizado e invita al lector a leer ese mundo como una acción de la libido. La experiencia se carga de estrógenos y testosteronas, y exhibe sin ambages su ardor y su apetito: «La apuesta es ahora/ ese ahora libertino cuando uno/ todavía echa semen sagrado en las muchachas, y/ no escarmienta...». Rojas da rienda suelta a la práctica de esta *filosofía hormonal*, donde las diferencias se afirman y subrayan, y ambos sexos buscan la unidad desde sus opuestas categorías. Esta polarización la lleva, incluso, al terreno lingüístico y da doble género y doble voz a numerosas palabras: secuoia y secuoio, personaje y personaja, clavículo y clavícula, nogal y nogala, cóndor y cóndora.

La mujer, objeto del deseo (y digo objeto sin ninguna ingenuidad) es motivo de celebración entusiasta y, por momentos, hiperbólica. Como en Darío, la visión de una mujer deseada se cruza con la de una mujer trascendente y mítica. La mujer es todas las mujeres y viceversa. Las prostitutas son las «adivinas», y Magdalena es una mujer «herida de amor». Igual a un artista del Barroco, Rojas llega a lo sagrado a través del cuerpo y se hace llamar «místico concupiscente» como una especie de Rey Salomón nacido en Lebu.

Entrar y salir es la respiración característica del mundo de Gonzalo Rojas. Un mundo que no está quieto, que no es sereno ni se detiene. Por eso la contemplación no es una necesidad para su poesía. Mucho menos la descripción de un paisaje. Si Rojas se sumerge en los paisajes no es para describirlos sino para hallar en ellos lo mutante, lo cambiante: «no hubo/ en esta orilla del planeta nadie/ antes que el viento». Bajo la conciencia de lo pasajero y lo fugitivo, Rojas evade toda detención y se ubica en un plano